

TONO, Mihura, Jardiel, a veces Muñoz Seca, Edgar Neville (por citar los escritores de humor más conocidos), se dedicaron a ponernos a todos boca abajo. Y junto a los dibujantes que conformaron "La Codorniz" de los buenos tiempos (Herreros, Kalka y, por supuesto, Mihura y Tono), nos vinieron a proponer una liberación poética de la triste y mediocre realidad diaria de cada uno de nosotros. El surrealismo aplicado a un humor celtibérico. El absurdo que más tarde —aunque en otra dimensión— protagonizarían los Ionesco del momento, tenía ya con estos humoristas la capacidad revulsiva y la apariencia intrascendente que posibilitarían alimentar la imaginación de los españoles, en una época en que tener imaginación podía acabar convirtiéndose en delito subversivo.

De nuevo hoy hay un humor español que salta de los dibujantes de periódicos y revistas especializadas (Mingote, Chumy, Summers, Perich, Forges, Gila, Ops, Cesc, Ramón, Saltés...) al contacto directo e inquietante de los Tip y Coll. Con ellos el humor deja de ser la sonrisa cómplice o inesperada para convertirse en una idea a reflexionar, en una postura ante la vida, en un concepto de la libertad de la opinión y de la imaginación frente a lo que continuamente y desde distintos frentes se nos propone como rígidamente respetable.

Los "shows" de Tip y Coll no dejan al espectador pasivo, no le ofrecen el espectáculo gratificante del gordo y el flaco (o el alto y el bajo) que descargan entre sí la agresividad reprimida desde tiempos remotos, sino que la proyectan hacia el exterior, obligando al espectador a introducirse en el ajo de sus extrañas, sorprendentes y atípicas relaciones, y tomar parte, por lo tanto, de su concepto iconoclasta y libre de la vida. ¿Qué puede ocurrir cuando entre nosotros alguien es capaz de reírse de cuanto le rodea? ¿Qué puede pasar cuando dos seres no respetan ante el público las cláusulas organizadas del artículo de fondo, de la "participación" o el más simple chiste verde?

El espectador, ante el "show" de Tip y Coll se siente desamparado. Todo es posible; incluso él mismo puede acabar convirtiéndose en protagonista de la noche. Su propia timidez, su acomplejada barriga, pueden ser trituradas en manos de Tip y Coll, a veces sin necesidad de que éstos hablen directamente de ella. Pero, al tiempo, ese especta-



El "show" televisivo de Tip y Coll

DAME LA MANITA, PEPE LUIS...

dor está esperando ansiosamente que Tip y Coll le propongan la vía para destruir tabúes y ritos. A través de unos juegos de palabras, de un absurdo dialéctico, puede surgir el medio de liberación.

Esto, cuanto menos, referido a las actuaciones en directo y frente al público que desde hace años los dos humoristas llevan por toda

es, inundaciones, guerras del Vietnam, películas angustiosas, etcétera, la gente quiere liberarse y se encuentra en el humor una posibilidad de evasión.

TIP.—Y, claro, es que antes, cuando existía la guerra del catorce, pues sólo existía la guerra del catorce...

En la breve conversación que

ofrece un punto de vista crítico sobre las cosas...

TIP.—El humor tiene que ser de actualidad. Pero, aparte de eso, no creo que pueda haber un humor de derechas y otro de izquierdas. Cuando el humor es humor, es siempre "puro"... El humor verde ya está muy usado. La gente se sabe esos chistes de memoria. Hay que inventar otra cosa que no tenga nada que ver con lo verde, ni con la política, ni con nada de nada, que es lo nuestro: nada de nada.

T.—¿Utilizar el absurdo no es tomar una postura?

COLL.—Nuestro humor no es absurdo, sino que es la lógica del absurdo. El absurdo por sí mismo no tiene valor. Tendríamos que quedarnos aquí toda una tarde para aclarar esto de la lógica del absurdo.

TIP.—Hay una lógica, que es la de un señor que entra a comprar una botella de whisky a una tienda. Entonces hay un diálogo que se mantiene entre el vendedor y el comprador, y ese diálogo tiene que tener una lógica. No puede ser que por las buenas se diga: "Deme usted una botella de whisky". "¿Azul o verde?". "No, amarilla". "Es usted un guarro". "¿Estoy?". "En martes, hoy".

COLL.—Eso sería un mare magnum...

TIP.—Y una gilipollez horrosa... Nosotros mantenemos el diálogo entre el espectador y el vendedor, pero mantenemos una lógica,

Diego Galán

España, y que se mantiene al tiempo en un local madrileño desde hace varias temporadas.

En su versión televisiva —el espacio de los domingos "Lo de Tip y Coll"—, lógicamente hay un límite para sus frentes de acción. Lo que en otro momento toma características concretas, en el "show" de Televisión Española se vuelve más general, más, si se quiere, ambiguo.

Pero, de cualquier forma, el éxito de Tip y Coll ofrece nueva perspectiva sobre este humor que hasta hace años se quedaba relegado al ámbito de los especialistas. El "Dame la manita, Pepe Luis" puede ser ahora una nueva muletilla nacional; en ella a lo mejor se proyectan las ganas de reírse de quienes llevan años fingiendo trascendencia por cosas que no le importan demasiado. O, como ellos dicen, quizá se trata de una descarga por tanta agresión exterior...

COLL.—Cuando se coge un periódico y no se ven más que catástro-

mantenemos con Tip y Coll, éstos, habituados a convertirlas siempre en una prolongación de sus actuaciones, luchan por sujetarlas a una discusión sobre su trabajo. Pero, a pesar de ello, lo consiguen relativamente. Tip y Coll no están dispuestos a racionalizar ahora lo que hacen. Y en el fondo es casi preferible. Precisamente la libertad de interpretación de su trabajo es parte de su valor. No es necesario que lo que hacen se desprenda de un planteamiento riguroso y científico, sino de libre imaginación, que luego los demás, por su cuenta, traten de englobarlo en unas coordenadas sociológicas (y artísticas) concretas. Ellos hacen lo que saben y les apetece, sin plantearse más límites que los que les exigen los organismos pertinentes.

De todas formas, pregunto:

T.—¿Y esto vale para cualquier tipo de humor? Porque resulta curioso que el que ahora tiene más éxito no sea precisamente el humor relajante y aséptico, sino el que

aunque introduzcamos el disparate.

COLL.—En ese diálogo, por ejemplo, uno hace de comprador y otro de vendedor. "Quiero que me dé usted unas flores podridas". "¿Por qué podridas?". "Pues porque tengo una fiesta en casa de unos pobres...". O sea, hay un absurdo al pedir flores podridas, pero una lógica al ser para los pobres. En casa de unos ricos serían gardenias... para ti.

TIP.—... O para mí.

T.—Vuestros espectadores, ¿se pueden sujetar a una clase social? ¿Hay alguna relación entre humor y clase social?

COLL.—No: se pueden dividir mejor por edades. Nuestros mejores espectadores son la gente joven. Los viejos, como casi todos están sordos...

TIP.—Y los niños recién nacidos, como no saben oír...

COLL.—A los niños recién nacidos, les cuentas lo que les cuentas, no te hacen ni caso...

TIP.—Les pasa lo que a Coll, que sólo les gusta la teta.

En las actuaciones directas de Tip y Coll, el público adquiere un aire protagonista singular. Una señora puede ser invitada a que introduzca una botella de coca-cola dentro de un pitillo; un señor puede pedir un chiste sobre una materia concreta; cualquiera puede ser solicitado para subir a la pista y trabajar. Esto, naturalmente, produce en ocasiones un curioso desasosiego entre los espectadores. ¿Quién va a poder estar a la altura de Tip y Coll? ¿Quién no va a resultar vencido por su imaginación y su osadía? En estas pequeñas batallas se desprende con rapidez lo que caracteriza a estos humoristas: su libertad total. No hay más límites para ellos que los impuestos por la censura. A cambio, el espectador sigue sujeto a un sinnúmero de cortapisas que quedan reflejadas en su temor a hacer "el ridículo", a hablar simplemente en público. ¿Quién tiene costumbre de expresarse ante dos seres independientes? ¿Quién ha ejercitado su imaginación para saber ver la otra cara de las cosas?

TIP.—El que está en un escenario es que manda; es una autoridad. Entre otras cosas, porque dispone de unos trucos que el espectador no tiene. Si alguien te hace una pregunta que tú no quieres contestar porque no puedes hacerlo, o porque es una tontería, basta con que le repitas varias veces: "¿Qué dice?, ¿qué dice?, ¡que no le hemos oído!", y ese espectador esconde

entonces la cabeza como un niño recién nacido. No se atreve a repetir la pregunta; le da vergüenza.

COLL.—Es posible que si el espectador participa sienta una emoción diferente, incluso morbosa... Pero nuestra intención no es nunca la de agredir al espectador, sino la de que se ría con nosotros; no tenemos por qué reírnos de él. De cualquier forma, en ese contacto que se establece, puede haber una emoción extraña, independiente a pesar de todo de nuestra intención.

TIP.—Lo que no queremos es que nuestro espectáculo sea como una obra de teatro. El espectador tiene que participar y reírse directamente de nuestras cosas y de sus cosas.

COLL.—El humor es una postura ante la vida. O una forma de ver las cosas: un señor ve a otro tomando una copa de coñac, y mientras hay quien se limita a ver eso, otro puede sacar una situación de humor.

TIP.—El humor es una prueba de inteligencia. No he visto a nadie inteligente al que no le guste el humor.

COLL.—Los escritores más inteligentes que yo conozco, que son Shakespeare y Cervantes, fueron dos grandes humoristas.

T.—¿Qué relación existe entre el humor y su época?

COLL.—Yo creo que el auténtico humor es intemporal. Una situación humorística buena tiene la misma vigencia en su día que muchos años después. A través de los chistes de Mingote, por ejemplo, se puede saber perfectamente cómo fue la España de los cincuenta al setenta. Con Xaudaró, se llega a conocer su época, con los tranvías, las mujeres en el mercado, los precios... Pero, al margen de esto, el humor puro no tiene épocas. Se puede comprobar con estos dos humoristas que digo, o con las películas de Chaplin y Buster Keaton.

T.—¿Y a través de vuestro humor se puede llegar a saber cómo es nuestra época?

COLL.—Intentamos que nuestro humor sea intemporal. Normalmente, no hacemos chistes del Ayuntamiento, ni de las carreteras, ni de las obras públicas. Hacemos, en su lugar, el diálogo entre el doctor y el enfermo...

TIP.—Y siempre habrá un doctor y un enfermo...

COLL.—Hacemos que alguien entre en una tienda a comprar algo, y siempre habrá tiendas.

TIP.—Que un señor vaya a comprar una pierna. Siempre habrá piernas... ■

EC

NOVEDADES

- Poesía surrealista en España de PABLO CORBALAN
- Relatos de JOSE M. DE QUINTO
- El ingenio de VOLTAIRE
- Cita de ensueño de BENJAMIN JARNES
- Enrique Quarto de ELIAS AMEZAGA
- Free on Board Carolina de ANDRES SOREL
- El cuidado de las manos o de cómo progresar en los preparativos del amor sin producir averías en la delicada ropa interior de DANIEL SUEIRO
- Sentimiento y paisaje de la naturaleza en la poesía española de EMILIO OROZCO
- Con Dorregaray, una carrera por El Maestrazgo de CIRO BAYO
- Las cuatro estaciones de NINO QUEVEDO
- Los vascos y navarros en su primera historia de CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ
- Mangas y capirotos de JOSE BERGAMIN
- El principado de BERTRAND DE JOUVENEL

EDICIONES
DEL CENTRO

¡ALEGRIA!

ahora puede salvar
a muchos niños

felicitando con
tarjetas
del UNICEF

UNICEF no tiene fondos propios, sólo cuenta con su ayuda.

Una caja de 10 tarjetas permite proteger a 65 niños contra la viruela.

Diez cajas permiten comprar vacuna para proteger a más de 1.000 niños contra la tuberculosis.

Gracias a su ayuda, se pueden salvar muchos niños.



UNICEF

Madrid: c/ Goya, 41 - Tel. 401 86 23
Barcelona: Avda. Puerta del Ángel, 7 - 4.º F
Tel. 317 76 87

En todas las oficinas de Correos y otros Establecimientos.